

Capítulo 34 - - Luces apagadas

- Capítulo 34 - - Luces apagadas

Capítulo 34 - - Luces apagadas

Aunque con la ayuda de Ferranda, a Angharad le tomó una hora y media prepararse para la noche.

Su cabello estaba peinado en trenzas ordenadas, sujetas por cuentas de cristal, sus cejas recién depiladas y sus ojos resaltados con henna negra. Sin embargo, la mayor atención se había dedicado a su vestimenta. Angharad había decidido ajustarse al estilo de Pereduri, en parte porque simplemente no podía permitirse un vestido de tela inyosi. La tela Malani de estampado de cera, como se le llamaba en las Islas, era costosa incluso en los territorios centrales de Malan: aquí afuera, el precio de una sola pieza era exorbitante. El algodón Ingwenya sería suficiente, y en su opinión, respiraba mejor de todos modos.

Además, dado que la Casa Tredegar había sido eliminada de las filas de la nobleza, era discutible si a Angharad todavía se le permitía usar telas con estampado de cera. Como ya no era súbdita de la Alta Reina, en principio no deberían aplicarse sus leyes de lujo. Sin embargo, era tela Malani, y una hija de las Islas que la llevaría. Parte de ella vacilaba. Algunas costumbres, pensaba, tardarían en abandonarse.

Los vestidos de Pereduri solían ser casi universalmente de cintura baja y ajustados, con la expresión personal manifestada en los escotes, mangas y faldas. Angharad optó por un corte Izcalli, una línea recta debajo de la clavícula que dejaba en exposición todo su cuello y gran parte de los hombros. El corte también era popular en Malan, aunque no llevaba mangas, como ella prefería: con hombreras abullonadas y que se estrechaban hasta terminar en las muñecas.

Dejaba al descubierto las primeras rayas plateadas en su brazo, tan decorativas como el par de pulseras de cuentas Uthukile en naranja, que combinaban con las rayas rojas y amarillas del tejido de su vestido. Una ancha cinturilla de cuero de vaca rodeaba su cintura, con la funda de su sable en su interior. Y eso era suficiente para los accesorios. Había decidido, en consideración a sus posibilidades, no visitar a un joyero.

Para una noble no casada, los vestidos tradicionales solían tener paneles, con la cola lo bastante corta como para facilitar la caminata, pero la señora Lerato sugirió en cambio un faldón suelto que mostraba un petticoat rojo partido y elegantes botas de cuero suave. “Rara vez puedo vestir a una mujer con piernas tan largas,” había dicho la costurera, “sería un desperdicio no aprovecharlo.”

El efecto era algo escandaloso, el tipo de vestido que a mamá le encantaba usar. En un acto de nostalgia, Angharad aceptó, aunque las botas eran realmente bastante caras — hechas por otra tienda en Templeward, recomendada por la señora Lerato. Un vestuario adecuado para ocasiones formales siempre era costoso, se recordaba a sí misma, pero no menos necesario por ello.

No obstante, le alegraba contar con la falda envolvente y el petticoat partido al dirigirse a la casa de huéspedes cerca del extremo este de Templeward. No habría habido doncella para recoger un rastro más largo si se ensuciaba en la calle, y usar correas de duelista para algo distinto a su propósito original sería bastante grosero.

Al despedirse de Ferranda a mitad de la calle, cuando su futura capitana entró en una tienda de relojes para revisar pequeñas joyas, Angharad quedó sola al llegar precisamente a las nueve menos diez a los Arcos de Colores. Pocos minutos antes de lo esperado, aunque aún con retraso. El señor Thando le había informado que la reunión empezaría antes, pero ella debía llegar más tarde, para permitir que, si hubiera alguna objeción de última hora a su presencia, pudiera ser levantada si era necesario.

Si alguien había sido criada y educada en un ambiente adecuado, siempre existiría la posibilidad de que enfrentara la humillación de ser rechazado en la puerta, pero Angharad dudaba que eso fuera a suceder. La probabilidad era que al menos una alma en aquel lugar disfrutara insultándola, aunque la mayoría no, y eso sería suficiente para triunfar; ¿por qué crear enemistad con todos cuando no había motivos? Era más sencillo simplemente negarle la invitación desde el principio. Consciente de que no hacía más que vacilar por nerviosismo, Angharad se enderezó y terminó de recorrer la calle con determinación.

Para su sorpresa moderada, La Arcos de Colores parecía más un tavernero que el tipo de salón de banquetes que había imaginado. Era un edificio largo y en pendiente, cuya fachada de madera había sido construida recientemente, pintada en un verde oscuro discreto. Su única señal distintiva era un letrero colgado que mostraba una cabaña hecha con rayas de luz de diferentes colores, en una referencia tan discreta como significativa a uno de los espíritus más antiguos de Malan: el Fermentador de Nubes, conocido por su alegría en las cosechas y festivales.

Solo golpeó una vez con los nudillos en la puerta pintada antes de que ésta se abriera.

Un hombre vestido con una librea verde oscuro lo recibió prontamente con una sonrisa, dándole la bienvenida en la fresca esencia de Umoya, en el corazón de las tierras medias. De piel oscura, como solo los habitantes de esas lagunas abrasadas por el sol podían ser, el sirviente mostraba una figura pulcra y amistosa mientras la guiaba por un pequeño vestíbulo donde otro sirviente limpiaba sus botas y le ofrecía un cuenco de agua tibia para lavarse las manos, todavía hastiada por el hedor de las calles. Su capa negra —que había decidido no gastar más de lo necesario en la costosa tarea de confeccionarla— fue retirada con destreza mientras el primer sirviente la conducía hacia la puerta.

“Lord Thando Fenya ha pedido el honor de recibirla, mi señora,” dijo. “Pronto llegará él mismo.”

“Gracias,” respondió ella, inclinando ligeramente su cabeza, y levantó una ceja. “¿Yanga o Madevu?”

Él pareció sorprendido por la mención de las dos regiones principales del corazón de las tierras medias, aunque de forma agradable.

“Madevu, mi señora,” afirmó. “Cerca de la ciudad de Inende, en el arranque de las cataratas.”

“Oh, más al oeste de lo que habría supuesto,” le dijo Angharad. “Nunca tuve el placer de visitar Inende, lamentablemente, pues el circuito de duelos siempre seleccionaba Ukuzi para los concursos.”

Una lástima. Ukuzi era notablemente accesible, situada en la confluencia de varios grandes ríos, y su segunda ciudad en tamaño en las tierras medias era un bullicioso centro industrial. Sin embargo, la expansión del uso de piedra y acero había quedado con mucho de su entorno devorado. En contraste, las zonas occidentales de Madevu seguían intactas y sus grandes cascadas, allí, eran consideradas verdaderamente bellas.

“No hay camino mejor que el que sigue un río,” citó el hombre con una carcajada. “Además, mi señora, en Inende llueve mucho durante el año. La ventisca de los vientos occidentales de la Isla Alta.”

¿De verdad? Angharad nunca había oído algo así y se sintió bastante fascinada de que el clima, a veces temperamental, de Peredur pareciera también afectar a sus vecinos. Pero antes de poder preguntarle por esos vientos occidentales, la puerta se abrió. Una sirvienta le sonrió, apartando su cabello atado, para hacer espacio y permitir que Lord Thando Fenya pasara.

El hombre, lo admitiría, tenía una presencia más noble de la que habría esperado de alguien que no beneficiaba de una belleza particularmente notable. Su jubón de mangas largas y su bombacho a juego estaban confeccionados en colorido tejido inyosi, exhibiendo patrones geométricos llamativos en azul, blanco y rojo, pero sobre él llevaba una túnica negra larga y abierta, que llegaba hasta sus muslos. No lo había notado aquella mañana, pero en el interior de su cuello había un delicado bordado negro que hacía juego con la túnica.

Llevaba tantos anillos de oro en los dedos y brazaletes que tintineaban en sus brazos, que apenas podría empuñar una espada, incluso si tuviera una en la cadera en lugar de un puñal engastado en joyas preciosas.

"Lady Angharad," dijo con alegría. "¡Y tan temprano, veo!"

"¿De verdad?" preguntó ella. "Puedo esperar, si es necesario."

"Yo nunca me atrevería," rió Thando. "Ven, déjame conducirte al salón."

Ella sonrió en respuesta, girando para agradecer con un gesto al sirviente cuyo nombre nunca había aprendido, solo para descubrir que se había marchado, junto con todos los demás que le habían prestado ayuda. Una formación impresionante. Thando la condujo por un pasillo corto y luego a través de una puerta abierta hacia una vista casi nostálgica: una sala de dibujo ricamente decorada, llena de pares nobles de su edad. Justo como en una velada de torneo, pensó.

Thando entró primero y, con un gesto teatral, barrió sus brazos, llamando la atención de todos los invitados.

"Es un placer muy grande," anunció, "presentar a Lady Angharad Tredegar de Llanw Hall."

Angharad hizo una reverencia superficial — no la reverencia de una señora, sino la de una duelista, con una mano en su sable — y fue recibida con una serie rápida de reverencias y saludos. Una rápida vista por la habitación le reveló que, contando a ella misma y a Thando, había once invitados en el salón. Exactamente más y menos de lo que había esperado. Solo dos sirvientes se encontraban dentro, esperando a un lado con expresiones alerta, aunque uno se acercó de inmediato con una bandeja de copas de cristal.

"Un Totochtin rojo, mi señora, si así lo desea," ofreció el sirviente.

"Eso me gusta," respondió Angharad, con destreza, tomando un vaso.

Antepasados, parecía una velada de rigor — allí también, nadie se atrevería a beber vino Malani. Las islas eran conocidas por sus cervezas y licores, no por la fruta de la vid. Como su patrocinador tácito para la noche, Thando no la soltó a la suerte de los lobos, sino que permaneció junto a ella para hacer presentaciones y facilitar su integración. Casualmente, por supuesto, que esto tuviera como efecto secundario profundizar su vínculo a los ojos de los demás.

No podía saber si aún buscaba reclutarla, pero hacía todo lo posible por establecer lazos — y que estos fueran visibles para los invitados. Aquí tienes enemigos, Thando, pensó. O al menos adversarios. Nadie libra una guerra de maniobras con espantapájaros.

Para ponerla a prueba, o simplemente calentarla, comenzaron con uno de los personajes más sencillos — y uno que resultaba familiar de las clases generales. Lord Kasigo Njezi, un hombre de rostro fresco y sonrisa juvenil, procedía de la Vigésimo Tercera Brigada. Su jubón era de algodón ingwenya, como su vestido, con un patrón discreto en color si no en tono. Sus medias eran de un cremosa pálida que llamaba más la atención por sus botas elaboradas — botas suaves, de caballero a la rodilla, en piel de becerro con ribetes de cuentas.

A diferencia de Thando, él llevaba una espada delgada en la cadera.

"Esperaba poder verte en estas veladas," dijo Kasigo, estrechándole la mano con entusiasmo.

Que ni siquiera se le hubiera ocurrido ofrecer un beso, sería, admitió Angharad, algo encantador.

"Es una oportunidad perdida no haber conversado antes," respondió ella.

Lord Kasigo, aprendió, era un Laurel — con perfil diplomático, como Zenzele, a quien parecía conocer. Y no ignoraba la enemistad que le unía a Musa Shange, por la mirada que dirigió a Musa al mencionar a su amiga Angharad. La forma en que cambió de tema hacia el próximo informe de Teología, casi apresuradamente, le permitió ubicarlo en la escala social: se encontraba en la base, confiando en ser inofensivo para mantener su lugar en la mesa.

Ella los apartó de la conversación poco después, fingiendo no notar cómo los ojos calculadores de Thando la observaban en silencio. Debía haberlo juzgado apto para desafíos mayores, aquellos que luego eligieron: un par de los cuales solo conocía a un hombre que ella no disimulaba afectar. Musa Shange fue el primero en hablar, y ella tuvo que admitir que parecía un grabado de un cortesano: su doblét delgado, con un diamante alargado en la abertura para mostrar su pecho y abdomen

musculosos, combinado con una cárdigan abierto, rematado en piel y con medias ajustadas.

Musa no llevaba joyas más que un medallón de marfil pesado, colgado de una cadena dorada, grabado con una plegaria al Dios Durmiente en un lado y, en el otro, el blasón de los Shange, pero ¿qué importaba eso cuando ninguna prenda de su vestimenta valdría menos que oro?

“Lady Angharad,” dijo con tono pausado. “Nos encontramos de nuevo.”

“Lord Musa,” respondió ella, inclinando la cabeza. “Buenas noches.”

Ya fuera por desacuerdo o no, fue solo con el consentimiento del hombre que logró llegar aquí esa noche. Eso le exigió modales y algo de cordialidad. El otro Skiritai rápidamente cometió el equivalente cortesano de pisarle el pie a Thando, presentando a su acompañante antes de que el otro pudiera hacerlo.

“Le presento a Lord Zama Luvuno,” informó Musa. “Señor de la Octava Brigada.”

Cualquier brigada con un número menor de diez no debía ser tomada a la ligera, mucho menos un Navigator que ella podría haber pensado era un soldado, por la forma de su silueta. Angharad cambió una reverencia por una breve inclinación. Lord Zama parecía no tener mucho interés en conversar.

“Lord Zama es de sangre real, en segundo grado,” añadió Thando, sin que le faltara su papel de voz autorizada.

Eso lo situaba en dos generaciones de descendencia del hijo de uno de los muchos consortes de la Reina Perpetua — una relación diluida, debo aclarar, y según las leyes de Malan, nada que tuviera que ver con la realeza. Sin embargo, la sangre de su Majestad poseía cierto prestigio, por escasa que fuera esa herencia. El hombre parecía lo bastante apuesto en su doblét dorado como para que Angharad comprendiera por qué la Alta Reina quizá deseaba a uno de sus parientes como consorte. No era de su tipo, en absoluto, pero la comida había sido bien preparada.

El lord Zama rodó los ojos ante esas palabras, pero asintió en confirmación. Eso fue dos veces.

“Perdón,” empezó Angharad, “pero quizás usted...”

El hombre volvió a asentir. ¿Entonces sin poder hablar? Una lástima, pues Angharad apenas conocía el lenguaje de señas — y no el que se usaba comúnmente, sino el que enseñaba a su madre, el lenguaje de dedos Izcalli, mucho más elaborado y complejo. No era una broma, aunque ella lo aceptaba como tal.

Había una mala suerte doble en que el lord Musa claramente dominaba el lenguaje de signos, y se comunicó con Lord Zama, provocando que el hombre sonriera. Angharad se pasó la mayor parte del diálogo tratando de entender qué tipo de relación tenían, ya que Musa traducía para el otro señor. No eran amantes, a menos que guardaran esos signos celosamente lejos de miradas curiosas, pero parecía una relación amistosa. Sin embargo, algo le inquietaba, y le tomó un momento darse cuenta de qué era.

Musa trataba al otro hombre como a un igual, algo que casi nunca había visto en un maestro de espada.

No eran vasallos uno del otro, decidió. Sabía poco de la Octava Brigada, pero era lo bastante respaldada como para que las conexiones del Noveno no requirieran precauciones por parte de Lord Zama. Mientras reflexionaba sobre eso, casi no percibió cuando la conversación giró hacia la 'Abadía', el lugar donde se impartían las clases a los estudiantes del Akelarre. Fue Musa, traduciendo para Lord Zama, quien la devolvió al presente.

¿Sabías que tu compatriota cabalista Maryam no ha puesto un pie en la Abadía en todo el tiempo desde el primer día? —preguntó Musa.

— Ella ha encontrado otra forma de instrucción, oí decir —rió Angharad—. No estoy demasiado involucrada en los asuntos de Maryam Khaimov.

— Sería extraño tener un Triglau en una cábala —meditó Thando.

— Estoy de acuerdo —dijo Musa—. Aunque supongo que poder traer un sirviente incluso en Scholomance tendría sus ventajas.

Rió entre dientes, aunque Angharad frunció el ceño.

— Ella es una estudiante —les recordó, aunque no se atrevió a decir «como nosotros».

Era demasiado cercano a una mentira para sentirse cómoda.

— Nadie dice lo contrario —desestimó Musa—, pero el servicio corre por sus venas, Lady Angharad. Dejados a su suerte, volverían a la barbarie y destruirían toda la industria que hemos traído a sus tierras.

Eso podría ser cierto, pensó Angharad, pero sus palabras estaban bañadas en una certeza que le resultaba desconcertante; así como la forma en que el Lord Zama asentía con la cabeza, como si esto fuera un hecho conocido.

— Ella es Izvorica, no Triglau —les aclaró en lugar de discutir el punto—. Un pueblo dentro del conjunto mayor, entiendo, pero distinto.

Los dedos del Lord Zama brillaron en una rápida secuencia, y Musa soltó una risita ante la vista.

— Pereduri, en efecto —tradujo.

A Angharad empezaba a caerle mal el Lord Zama.

Thando, tal vez percibiendo la tensión creciente, los distrajo con la excusa de necesitar una bebida. Angharad lo siguió hacia el sirviente que llevaba la bandeja, disfrutando del respiro.

— Como mencioné esta mañana —susurró—, este salón está impregnado de las opiniones del sur y las tierras del corazón.

— Entonces no compartes sus pensamientos —preguntó Angharad.

— Mi linaje son guardianes del deber, lo que me hace abolicionista por defecto —dijo Thandi, aunque no sonó muy entusiasta al respecto—. Pero, ¿escuchaste alguna vez sobre aquel desmán en Isilide hace unos cuatro años?

Le tomó un segundo recordar el nombre. Una ciudad en el extremo norte de Malan, bastante alejada de la Isla Baja.

— Los disturbios en los que incendiaron talleres de tela —recordó—, fue un accidente, me dijeron.

El desorden siempre llevaba a la ruina.

— No fue un accidente —afirmó Thando sin rodeos—. La señora de Isilide inauguró nuevos talleres de estampados con cera y los llenó de esclavos. Es un comercio muy rentable, Angharad, pero también una profesión. Trabajadores capacitados durante toda su vida, siempre dentro de las familias. Los nuevos talleres no pagaban a los empleados, por lo que vendían sus telas a mitad de precio.

Eso habría significado la muerte de los antiguos talleres. Solo a los nobles se les permitía vestir inyosi, así que la mayor ganancia para los mercaderes venía en realidad de las ventas al extranjero. Aunque la nueva tela de estampado con cera era de menor calidad, los comerciantes probablemente la preferían: los márgenes de ganancia eran mucho mayores, y no era como si algún señor Someshwari pudiera distinguir la diferencia.

— ¿Entonces incendiaron los talleres? —preguntó horrorizada—.

— Y amagaron con hacer lo mismo con los que abrieran en los próximos años —dijo Thando—. Fueron aclamados como héroes en la ciudad, así que la señora tuvo que retirarse.

Angharad se sintió dividida: por un lado, oponerse a la lady encomendada era una acción deshonorada; pero, por otro, actuar para defender a su gente y su trabajo también tenía su dignidad. Thando encogió los hombros, tomando el vaso de vino tinto que había llegado a buscar.

“No hablaré a las almas de estos Izvorica,” dijo Malani tras dar un sorbo, “pero la esclavitud beneficia principalmente a los ricos. Además, no es bueno para la salud de un reino tener demasiados esclavos.”

Asintió lentamente, aquello parecía una verdad evidente: los Izcalli tenían más esclavos que nadie en el mundo, aunque los llamaban siervos, y su nación vivía constantemente amenazada por disturbios y conflictos. Además, Madre había mencionado que las colonias occidentales eran propiedad de la corona y de los mayores izinduna—aunque los señores menores empezaban a formar asociaciones para unirse y promover sus propios intereses.

“¿Qué fue de ellos?” preguntó.

“¿Los trabajadores?” Thando parpadeó. “Como te dije, la dama cedió. Se hicieron algunas detenciones para dar la impresión, nada más.”

“Me refiero a los esclavos,” dijo Angharad.

“Ah,” frunció el ceño Thando. “Escuché que estaban dentro de los talleres cuando éstos fueron incendiados.”

Angharad inhaló profundo, desvió la mirada y bebió con avidez su copa de vino. Se podía pasar mucho tiempo revisando esa escena en busca de un grano de honor.

“Vamos,” dijo Thando, con tono casi comprensivo. “Esto será más de tu agrado.”

El Pereduri sintió un pequeño atisbo de resentimiento al cómo había acertado en su apreciación cuando fue presentada la capitana Emeni Maziya, de la Vigésimo Novena, una mujer maravillosamente alta cuyo vestido sin hombros de verdes y amarillos mostraba unos hombros impresionantemente musculosos y las curvas de una figura generosa. La preferencia de los Malani por los vestidos de cintura alta podía entenderse, cuando ayudaba a proyectar una causa tan notable.

“Un placer,” sonrió Angharad, inclinándose a besarle la mano.

Notó una mano callosa, similar a la iwisa que llevaba en la cadera, una maza de cabeza redonda que se usaba más en ceremonias que en guerra, pero que podía partir un cráneo sin duda alguna. Y una mujer no tendría esas manos sin haberlas blandido regularmente.

“Alabador,” rió Lady Emeni. “¿Lo ves, Fanyana? Así se hace.”

Su compañero, Fanyana, era un hombre taciturno, con rostro regordete y un jubón estrecho, repleto de filigranas en plata y botones plateados. Incluso la larga espada en su cadera era de plata, ya fuera la empuñadura o la vaina. Su cabello era una nube bien arreglada, que Angharad sospechaba había tomado el doble de tiempo en peinar que el suyo propio.

“No suelo ser tan suelta con la lengua, Emeni,” respondió con rígido trato.

El hombre era más alto que ella, pero se mantenía encorvado, de modo que apenas se notaba.

“Lady Angharad,” intervino Thando, “Te presento a Lord Fanyana Khosa.”

Pausó.

“Sí, de esa familia Khosa.”

Angharad casi quedó atónita ante el hombre. La misma Casa de Khosa, que alguna vez fueron los reyes de la Marcha, los últimos en la nobleza Malani en arrodillarse ante la Reina Alta cuando

unificó la Isla Central. Angharad no reconocía mucho de aquellos grandes reyes guerreros en su semblante severo, pero suponía que no era su lugar juzgar. La Casa de Khosa había sido una línea ininterrumpida de izinduna desde la Guerra de la Unión, y eso merecía profundo respeto.

Ser lord o lady en el registro era cosa de nacer noble, pero ser induna era algo mayor—una posición elevada por la Reina Perpetua, marcada como grande. Esa distinción podía transmitirse a los hijos, pero no de manera automática, sino ganándola nuevamente con esfuerzos semejantes a los de sus padres. Es decir, poseer tierras en las islas, comandar tropas y realizar acciones que merecieran el reconocimiento de la corte.

La Khosa había logrado esto sin fallar desde el Siglo de la Pérdida, Angharad podía creer en ello, aunque las Khosa en cuestión todavía no impresionaran.

Lamentablemente, mientras conversaban sobre el tema más neutral que Thando había podido ofrecer, ya fuera o no que las tormentas invernales de Uthukile fueran las peores en Vespero, Angharad había llegado a la triste conclusión de que la espléndida Lady Emeni probablemente estaba vinculada con Lord Fanyana. Aunque nunca se quejaría de que tal mujer se inclinara con tanta frecuencia, los encantos no estaban dirigidos a sus ojos, sino a los de la Khosa de orejas rojas.

Lady Emeni también parecía conocer a Ferranda, preguntándole por su salud, aunque Lord Fanyana mostraba claramente indiferencia ante el asunto. Él piensa que eso no le conviene, decidió Angharad. Quizá ni siquiera esté equivocado, dado su nacimiento. Lo que resultaba más interesante era cuando la encantadora capitana mencionó su reciente té con la capitana Nenetl del Tercer Escuadrón, una pista sobre dónde se ubicaba. Una enemiga de Musa Shange, casi con seguridad, dada la famosa enemistad entre Nenetl Chapul y el propio capitán de Musa.

Si Angharad buscaba aliados aquí, Emeni Maziya era una buena opción. Además, debía tener cuidado de no hacer demasiado al presionar sus intenciones, o Lord Fanyana probablemente se opondría simplemente por no soportar la grosería.

Aún así, los continuos avances de Lady Emeni eran tan alegres que la seducción dejó a los Pereduri bastante animados. Lord Fanyana era como una nube de melancolía, pero no del todo carente de humor; su comentario sobre que la gran maldición de la Costa de las Torres, conocida como el Someshwar Imperial, había sido bastante divertido.

“Ah, los últimos cuatro están juntos,” musitó Thando. “A la carga, Angharad.”

Él dudó.

“No tomes a los gemelos de manera personal.”

Como había pronosticado, los últimos cuatro invitados estaban junto a un paisajismo Tianxi, tomando sus bebidas. Tres de ellas mujeres, mientras el único hombre se presentaba con tanta alegría y entusiasmo que Thando ni siquiera tuvo tiempo de anticiparse.

“Awonke Bokang, Tercer Escuadrón,” dijo, estrechándole la mano. “Un placer conocerte.”

Su jubón estaba colmado de cuentas de colores al estilo Uthukile y llevaba un acento de la Low Isle lo bastante marcado como para no flaquear bajo la lluvia de preguntas. Era de la sociedad Umuthi, pronto se enteró Angharad, y mostraba un interés particular en la cimitarra que su tío le había regalado. Lo mismo que la segunda en presentar, Lady Lindiwe Sarru.

Esa ya le era familiar a Angharad, pues conocía su apellido, ya que era de Skiritai.

“Excelente trabajo con la quimera ayer,” le dijo Angharad, intercambiando reverencias de duelista. “Fue una estrategia hábil cómo tu tripulación la atrapó en la casa.”

“Y tú con esa satírica,” replicó Lady Lindiwe. “Resultó bastante satisfactorio ver cómo terminó siendo derrotada después de que la última devoró a la mayoría de esa tripulación en nuestro primer día.”

“El contrato de Salvador nos permite correr riesgos que otros no se atreven a tomar,” aclaró Angharad.

La observó con atención por primera vez y notó que, siendo quien hablaba Ummoya como una sureña, le resultaba inusual que llevara una cimitarra varios palmos más larga que la de Angharad, y eso que Lindiwe Sarru era más baja que ella. Su vestido era un atuendo clásico de la corte Malani, una tela inyosi amarilla de cintura alta con doble línea marrón oscuro adornada con aros a juego. El cuello alto y las mangas en capas, junto con un largo tren que casi arrastraba, era la moda en la capital la última vez que tenía noticias.

No así las dos cintas de falda verde que ondeaban a su lado, que, por más delicadas que parecieran, solo podían ser correas de duelista, usadas para subir la falda y atarla a la cinturilla para liberar las piernas si surgía un duelo.

“Una sobreabundancia de humildad,” afirmó Lady Lindiwe con sinceridad. “Aún así, me alegra haber finalmente encontrado a otra Skiritai entre nosotros. La próxima vez que pregunte si estos pequeños encuentros se mueven a otro día de la semana en el que no haya pasado la tarde en una arena de combate, quizás reciba menos comentarios.”

Ah. Angharad había preguntado por qué el evento se había cambiado de día, aunque por la misma razón que ahora había explicado, no se había sentido inclinada a quejarse.

“No cuentes con ello.”

Se volvió hacia la oradora. Las gemelas, como las llamó Thando, y ciertamente lo eran. Para su alegría, ambas eran bellezas esbeltas con ojos oscuros y seductores, luciendo bandas de plata con velos rayados que caían por sus espaldas.

A primera vista parecían vestir el mismo vestido ingwenya de rayas en blanco y negro, pero era una ilusión: las posiciones de los colores estaban invertidas tanto en el velo como en sus elegantes vestidos panelados. La diferencia en su vestimenta no residía en el tipo de tela, sino en los detalles, como la red de plata que cubría sus hombros al descubierto y los collares de perlas que llevaban: uno ancho, a medio camino del hombro, y otro en la base del cuello.

Como en todo lo demás, contrastaban entre sí en tonos, una con un collar de perlas negras y la otra con un tono pálido.

“Permitan que presente a las señoras Branwen y Morcan de la Casa Emain,” dijo Thando. “Incluso, en algún momento de esta noche, podrían tener la gracia de revelar cuál es cuál.”

“Tampoco contaría con eso,” señaló la gemela de la derecha.

Aunque nunca hubiera escuchado sus nombres, esa ligera nota en su tono, propia del Umoya, habría sido suficiente para decirle a Angharad que eran Pereduri, tan claramente como la cintura baja de sus vestidos. Ambas arqueaban una ceja hacia ella y ofrecían su mano para que besara, lo que presentó a Angharad el encantador dilema de qué nudillo honrar primero. Eligió el primero que le dirigió la palabra, ante una expresión inexpresiva de ambas bellezas.

Luego, la gemela de la izquierda le habló en Gwynt, un idioma que Angharad alcanzaba en partes. Algo sobre ‘gris’, ‘región’ y un término que significaba ‘mar-y-piedra’, un antiguo apodo para Peredur. La dama habló con rapidez y en un modo anticuado, por lo que Angharad pronto se perdió en la conversación.

“No te entendí,” respondió Angharad en el mismo idioma.

Las gemelas intercambiaron una mirada, una de ellas suspirando.

“Evidentemente,” respondió Lady Emain en Umoya.

“Fue un placer, Lady Maraire,” añadió la otra Lady Emain.

El hecho de que usaran el nombre de la Casa Tredegar en los registros de nobleza de Malani era una clara muestra de desprecio, algo que Angharad admitió que le había herido un poco. Poco había conocido de su tierra desde que partió, y que desde el principio eso se manifestara de esa manera fue un golpe.

Igual que la presencia de las hermosas gemelas Pereduri, solo para descubrir que su actitud era... despectiva, por decirlo suavemente. Entre Emeni fascinado con los Khosa antes y ahora esto, la velada se presentaba escasa en opciones. Era injusto que el mundo hiciera eso. Ni Lord Bokan ni Lady Lindiwe parecían sorprendidos por el comportamiento de las damas de Emain, ni por cómo se alejaron después de una humildísima reverencia.

“Creo que Morcan es la que lleva las perlas negras pequeñas,” indicó Lord Awonke mientras observaban cómo la pareja se retiraba. “Ella me mira como si fuera un insecto, no una rata.”

Fue un esfuerzo para que sus labios no se contrajeran.

— Tiene que ser Branwen — susurró Lady Sarru en tono de contradicción —. Solo insinuó que toda mi ascendencia es de rostros frescos y atrevidos, indignos de la nobleza en una época, lo que la convertiría en la gemela amistosa.

— ¿Es tan antigua la Casa Emain? — preguntó Angharad. — No me considero ignorante en materia de nobleza, pero no estoy familiarizada con ese nombre.

A decir verdad, parecía un nombre propio del suroeste de Peredur, territorio con el que tenía menos conocimientos, pero si era una noble casa, estaba segura de que la habría oído mencionar.

— Las hermanas descienden de dos capitanes de guerra que llegaron a Peredur durante el Primer Descenso — explicó Thando. — O eso se afirma.

Era una estirpe venerable, reconocería Angharad. La mayoría de las primeras naves que llegaron a las costas rocosas del ducado fueron asesinadas por los antiguos señores de la tierra, salvo unos pocos capitanes distinguidos que construyeron sus casas de madera flotante tras casarse o vencer a los habitantes locales. Muchas veces una mezcla de ambas cosas. En cierto modo, esos capitanes eran los nobles más antiguos de Peredur, aunque pocas de esas casas ancestrales permanecían ahora en la prominencia.

Dado que se decía que Peredur había sido la primera tierra alcanzada por las embarcaciones de Morn, y que después continuaron navegando hacia la Isla Media y Baja tras una sangrienta batalla, existía un viejo debate sobre si sus linajes podían considerarse los primeros nobles no solo de Peredur, sino de todo Malan. Y, según algunas interpretaciones, los más nobles, en verdad. Principalmente aquellos que se beneficiarían de tal honra.

— Si tuviesen algo que presumir más allá de su linaje, lo harían — dijo Lady Lindiwe con tono mordaz —. No me sorprendería escuchar que la Casa Emain solo gobierna un señorío y una playa rocosa.

Angharad le lanzó una mirada. Algunos podrían describir las tierras de la Casa Tredegar de esa manera, aunque claro, había más detrás de ellas. Ella estaba pensando qué decir cuando una campana sonó suavemente, llamando la atención de los invitados hacia aquel hombre de sonrisa agradable que la había recibido en la puerta.

— La cena está lista — anunció —. ¿Me acompañáis?

Aprovechando la oportunidad de dejar el asunto, Angharad decidió seguir su consejo.

--

Una única mesa larga albergaría el verdadero banquete que les servían.

Como la de mayor linaje, el señor Fanyana Khosa ocupaba la cabecera de la mesa, y los demás se distribuyeron cinco a cada lado. Angharad quedó entre Thando y Lord Zama, lo cual facilitaba el tema de la conversación. Al otro lado, los más cercanos eran Lord Kasigo y Lady Emeni, ambos rostros agradables y familiares. Bueno, para el ocular más que para la charla, el equilibrio era más cercano.

Las festividades en Malani solían ser largas y extensas, y esto no parecía ser la excepción. El primer plato consistió en un tradicional guiso de pollo y verduras, exquisitamente condimentado, y

tras él se sirvió cerveza de maíz. Angharad había terminado su vino, así que aceptó una copa. Con la cerveza en la mesa, la conversación se intensificó. Al principio, noticias del extranjero, como era costumbre.

— Puede que esté gestándose una guerra en el Someshwar — compartió Lord Fanyana, tomando asiento —. Los Ramayans están enfrentados con los Upani por sus enclaves orientales.

Eso fue recibido con cierto entusiasmo, ya que la guerra en el Someshwar imperial solía ser buena para los negocios. Con las carreteras peligrosas por las ejércitos errantes, el comercio marítimo siempre aumentaba. Además, si la guerra se prolongaba demasiado, los Sunflower Lords probablemente se implicarían, lo que haría que el acero y la pólvora aumentaran de valor de manera significativa.

Para cuando se sirvió el pan al vapor, recién hecho, acompañado de curry, la conversación había cambiado de tema y giraba en torno a la fascinante mención de Thando sobre la rápida afluencia de delegaciones diplomáticas entre las Diez Repúblicas.

“Es un secreto a voces que los Sanxing estaban en plena gestión para obtener el apoyo de las repúblicas centrales en sus planes coloniales cuando ocurrió el Dimming,” opinó Lady Emeni. “Lo más probable es que, ahora que la situación en Jigong ha llegado a un punto crítico, estén midiendo el pulso de la corriente opinión.”

Varias miradas se dirigieron hacia Angharad al mencionar Jigong, lo cual era comprensible. Aún estaba bajo nominalmente el mando de un Ren, algo que todos los presentes parecían entender claramente. Puede que al comienzo del año esto no fuera tan evidente, supuso la Pereduri, pero el profesor Yun Kang había asegurado lo contrario.

“Se dice que Song Ren, del Decimotercer regimiento, es un pariente cercano del hombre responsable del Dimming,” comentó Musa con ligereza.

Angharad bebió un sorbo de su cerveza. Natural que Musa fuera quien la involucrara en este asunto, así que estuvo observando de reojo al resto de la mesa. Una reacción destacó: Lady Lindiwe Sarru rodó los ojos. Entonces, no era amiga de Musa. Aún no había tenido la oportunidad de averiguar a qué brigada pertenecía aquella mujer, pero ahora era su intención hacerlo.

“Chaoxiang Ren fue su abuelo,” respondió Angharad. “Aunque nació años después del incidente en cuestión, claro. Su honor personal permanece intacto.”

Se percibieron murmullos de acuerdo en torno, pero el sentimiento general era evidente: productos defectuosos, productos en mal estado. No era culpa suya, pero era mejor mantenerla al margen. Contuvo el impulso de discutir, inclinándose a escuchar mientras el tema cambiaba hacia las revueltas en el Reino de Sordan por los términos de paz. El Tratado de Concordia se firmó hace dieciocho años, y convirtió a Sordan en tributario de Izcalli, mientras que el puerto de Concordia fue cedido a Malan. Se dice que algunos Sordanos están agitándose para que el puerto vuelva a manos de su nación.

“Nosotros no habríamos tenido que mantenerlo si no se hubieran inclinado ante los izzies durante la guerra de Sordan,” resopló Lord Awonke. “Sin una base de la flota real en el Trebian, Izcalli seguramente intentará cerrar el Estrecho Áurico cuando vuelvan a entrar en guerra.”

Angharad nunca mostró demasiado interés en asuntos de política exterior, pero era bien sabido que uno de los principales objetivos de la Reina Perpetua en los últimos dos siglos había sido garantizar que el Estrecho Áurico, que conecta el Mar Errante con el Trebian, nunca pudiera ser cerrado a los barcos Malani por el Reino de Izcalli. O por quien fuera.

“Todos traicionaron a Sordan durante la paz de Concordia,” opinó Lord Kasigo. “Malan, Izcalli, incluso la Guardia, cuando mediaron en todo este asunto. Tienen motivos para estar enfadados, aunque nada de eso llevará más allá de que la flota real permanezca en el fondeadero a tiro de cañón de su capital.”

Zama firmó, Musa inclinóse hacia adelante para leer sus dedos antes de hablar.

“O quizás el Rey Saltamontes manda a Doghead Coyal para asustarlos y devolverlos a la obediencia,” transmitió Musa.

Hubo algún resoplido, pero Angharad levantó una ceja.

“No conozco ese nombre,” dijo.

“Uno de los principales generales de Izcalli, se dice que es el favorito del trono,” le informó Lord Fanyana, luciendo por una vez completamente interesado. “Lideró las fuerzas izcalli en la guerra de Sordan y, en apariencia, es uno de los mejores estrategas de nuestra era; en la Batalla de Narba derrotó a tres ejércitos en un solo día.”

Y se dice que no es Izcalli por nacimiento, sino solo Aztlán —añadió Lady Emeni—.

Era, dado que los reinos de Aztlán en torno a Izcalli estaban más propensos a proporcionar siervos que altos mandos cuando los Señores Sol de Girasol decidían, la tradicional ronda de deporte se llevaba a cabo a costa de la incapacidad de Izcalli de construir ni siquiera un establo sin desencadenar otra guerra civil y vaciar un pueblo someshwari. Cuando se servían el cordero asado, calabazas y zanahorias—la presencia de ganado en el plato señalaba que esa era la comida principal—la conversación giraba en torno a las últimas noticias sobre las alianzas de cada uno.

Es decir, chismes.

“Escuché que el noble caído de la Decimonovena, Barboza, se enzarzó en una pelea a puñetazos con un cabalista de la Duodécima,” compartió Thando. “Hubo gritos por una bañera.”

“Nobleza legaña,” observó una de los gemelos Emain. “Casi una mentira.”

Hubo algunas risas ante aquello, y Angharad sonrió ligeramente. Las damas Emain, aunque mostraban una indiferencia abierta hacia la política, parecían mucho más interesadas en este tipo de conversaciones. El Lord Zama, al notar que su copa estaba vacía, silenciosamente se ofreció a

rellenarla con cerveza de maíz otra vez. Habría sido una falta de respeto rechazarlo, dado su rango superior, así que Angharad asintió. Solo llevaba su segunda copa, todavía tenía espacio.

Luego, las damas Pereduri intercambiaron algunas frases en Gwynt, lo que hizo que Thando se inclinara hacia ella.

“¿Qué tan bien entiendes eso?” preguntó en un susurro.

“No mucho,” admitió ella. “La única palabra que entendí fue ‘ratón’, aunque también podría haber sido ‘cardo’.”

“Una lástima,” dijo él. “Esperaba que alguien finalmente interpretara sus indirectas.”

Angharad gimió.

“Una curiosidad, si acaso,” propuso.

Él levantó una ceja.

“¿Su brigada?” preguntó, señalando discretamente a Lady Lindiwe.

Su sonrisa fue cómplice.

“Décima Brigada,” afirmó. “Muy ligada a la Primera.”

Y la Primera, según recordaba Angharad, era enemiga tanto de la Novena como de la Tercera. Sin embargo, Lady Lindiwe había sido bastante cordial con Lord Awonke, quien en realidad pertenecía a la Tercera, y eso podría indicar que su enemistad era muy superficial. Por lo tanto, podría ser posible reunir a ambos para la misma causa, pensó Angharad. Lo que necesitaba era averiguar cuán probable era que ese par apoyara la invitación a Zenzele, solo para molestar a Musa.

Luego de agradecerle a Thando con un gesto, volvió a la conversación para averiguar cómo ese “tipo Tupoc de la Cuarta” había logrado enfurecer tanto a los capitanes del Trigésimo Sexto y del Trigésimo Octavo, que el último sacó un arma justo allí, en las galerías. Esto llevó a Angharad a compartir algunas historias selectas del Dominio. La mitad de la mesa se partió de risa cuando les contó cómo casi termina en una jaula, y abuchearon cuando él se autodenominó defensor de los débiles al interponerse en una pelea de honor.

Dios Dormido, ese hombre solo había llegado a la isla unas semanas antes que ella. ¿Cómo era que ya lo tenían tan mal visto?

Para la próxima comida, unos pastelitos y leche agria, sintió que había comprendido las corrientes de la mesa. bebió de su copa de cerveza, rellena de nuevo por Lord Zama aunque apenas la había tocado, y meditó sobre los apoyos que podría necesitar. La próxima comida sería postre, seguida de otra ronda de conversaciones acompañadas de bebidas, oportunidad para intentar obtener la invitación para Zenzele. La única forma de lograrlo era reunir suficientes aliados de modo que la negativa de Musa le hiciera quedar peor que si aceptaba, y esa cifra... era

problemática.

Los mellizos de Emain probablemente optaron por no participar, y Lord Zama no era del tipo que menospreciara a aquel con quien mantenía una amistad cercana. Lindiwe, Awonke y Emeni formaban una base sólida, siempre y cuando ella pudiera influir en ellos. Thando seguramente ayudaría, aunque a un precio, y Lord Kasigo se alinearía con los vencedores. Eso significaba que el hombre que necesitaba de su apoyo, la pieza clave en todo esto, era Fanyana Khosa. Lograrlo sería complicado, pero Angharad se encontró espiándose con una sonrisa mientras bebía su cerveza.

Se sentía emocionante volver a estar en esta habitación. Haciendo lo que había sido criada para hacer, entre gente que conocía y entendía. Otro respiro de aire fresco.

El postre era un tradicional pudín de maíz dulce, y cuando Lord Zama nuevamente llenó su taza con cerveza, Angharad se dio cuenta de que había cometido lo que su padre llamaba el error del principiante: dejarse cautivar tanto por sus propios planes que no consideró que quizás había otros en movimiento. La cerveza de maíz no era bebida fuerte, pero la que servían en los banquetes solía ser más fuerte de lo habitual. No había bebido lo suficiente para embriagarse, pero sí para aflojar sus extremidades un poco. Y si vaciaba esa taza, ¿qué pasaría con las futuras bebidas? Entonces, estaría en condiciones.

Ahora debía plantearse otra pregunta: ¿por qué Lord Zama intentaba ponerla borracha?

La respuesta más sencilla era que Musa quizá intentaba otra apuesta esa noche y había decidido inclinar la balanza a su favor, pero eso no parecía algo propio del carácter de ese hombre. Aunque no era exactamente inocente en jugarretas, Angharad pensaba que Musa Shange sería demasiado orgulloso para reclamar una victoria de esa manera. Había algo más detrás. ¿Qué buscaba Musa? Con ella, probablemente poco. Pero su capitán le había encomendado la tarea de cortejar a Angharad en nombre del Noveno.

Esa era la pista que Angharad debía seguir para desentrañar el origen del asunto.

El intercambio de chismes en medio del postre prosiguió, mientras Angharad no tomaba su cerveza y se alimentaba tan rápido como la cortesía permitía para llenar su estómago. Es una lástima, pensó, porque disfrutaba bastante de esa delicadeza y preferiría saborearla. ¿Cuál será el motivo en juego?, se preguntó, ¿y cómo puedo usarlo para mis propios fines? Lo que la confundía era que Musa apenas la miraba, más interesado en las conversaciones sobre el Forty-Fourth, que había tropezado con algunos problemas y huido con las piernas entrelazadas, sin parecer dispuesto a enfrentarse a ella.

No estaba moviendo influencias ni maniobrando; ¿todo esto era simplemente Lord Zama mostrándose excesivamente hospitalario? Encontró su respuesta cuando todos los platos fueron retirados y los sirvientes trajeron pequeñas copas de vino de palma destilado, una bebida más fuerte de lo habitual. Musa se levantó con una sonrisa para brindar.

"Por nuestra más reciente incorporación," dijo, levantando su copa hacia Angharad.

El hombre intentaba arruinarla la noche, sin duda alguna. No podía rechazar un brindis en su honor, así que lo igualó —como la mayoría en la mesa— y bebió el vino de palma. Solo que utilizó un viejo truco de su padre, sin tragar el licor. Luego fingió que perseguía la bebida fuerte con cerveza de maíz, pero en realidad escupió el licor en esa copa. Musa buscaba conseguir algo con que emborracharla, y hasta ahora, su única pista era que dos personas de la mesa no habían bebido en ese brindis.

La primera fue la que le quedaba en frente, por lo que era la opción más lógica.

—¿No disfrutas del vino de palma, Lord Kasigo? —preguntó ella con indiferencia.

El joven de rostro fresco pareció avergonzado.

—Fui criado como Serene Redentor —respondió—. No consumo alcohol.

Sus cejas se alzaron. Para un Universalista, todas las Redentoras eran radicales, pero las llamadas ‘Serries’ constituían una de las sectas más rígidas de la fe. Su distintivo era una doctrina que sostenía que el alma debía mantenerse en calma para acercarse al Dios Durmiente, purgada de distracciones terrenales. Como el alcohol y la música, que eran de los ejemplos más famosos. Ella quedó tan atónita que hubo un momento en que no supo qué decir, y fue Kasigo quien intervino.

—Sé que esto no es común en las familias nobles —dijo—, y me imagino que la tuya era bastante diferente. La mayoría de los Pereduri son Universalistas, ¿verdad?

Y antes de que Angharad pudiera abrir la boca, el segundo en abstenerse intervino.

—Ah, Kasigo, debo detenerte —sonrió Lindiwe Sarru—. Te acercas a un error.

El hombre le lanzó una mirada sorprendida.

—¿De verdad?

—En efecto —dijo ella—. Tredegar, como ves, no proviene de una familia noble.

Silencio mortal llenó la habitación, como si fuera a estallar en un remolino de voces. En él, Angharad pudo sentir cómo una soga se tensaba aún más.

—¿Perdón? —preguntó con calma.

—Corrígeme si digo algo incorrecto —dijo Lady Lindiwe, con un tono agradable pese a la contundencia de sus palabras—, pero ¿no fue Casa Tredegar borrada del estatus nobiliario, y sus posesiones colocadas bajo la tutela de la corona?

Mirando con ojos fríos, Angharad sostuvo su mirada. Lindiwe —no, ahora Sarru—, la Pereduri no le debía más cortesía, se mostraba claramente dispuesta a forzar un duelo.

—Todos los títulos se dejan de lado cuando uno toma el Black, Sarru —respondió—. ¿Eso es falso?

Ella rió.

—¿Debo explicarte —preguntó Sarru— la diferencia entre poner un título a un lado y quitarlo por completo?

—Parece que soy yo —contestó Angharad con monotonía— quien debe explicarte el significado de la cortesía.

—Los modales son una cosa, las mentiras otra —dijo Sarru—. Todos aquí entraron en la Guardia siendo nobles, y por esa virtud se les concedió la invitación a esta reunión. Todos, salvo tú.

Tenía dos cabos que tirar: el capitán de Musa quería que ella ingresara en la Novena y Lindiwe Sarru no había bebido. ¿Desde un principio pretendía un duelo? Sí, decidió. Aunque con un gran insulto, la otra mujer no pronunciaba palabras con particular veneno o ira; simplemente decía lo que necesitaba para obtener lo que quería.

Y Angharad no encontraba cómo escapar del lazo.

—Tus palabras mancillan mi honor —dijo—. Retíralas.

—No —dijo Sarru con felicidad—.

La Pereduri se levantó rígidamente.

—Entonces, espadas.

—¿Primera sangre? —preguntó Sarru.

—Rindo —negó Angharad con frialdad—.

—Una mujer de mi misma madera —rió, levantándose también—.

El resto de la mesa estalló en júbilo, más por la emoción que por indignación. La única que pareció molesta fue Lord Fanyana, aunque más por el desorden que por las palabras. Angharad se apartó, y los sirvientes fueron llamados para preparar el salón de duelo, ignorando las palabras calladas de Thando mientras cerraba los ojos y trataba de entender todo.

Musa no querría ayudar a Sarru, quien era amiga del enemigo de su capitán. Entonces, ¿por qué le había pedido a Lord Zama que le diese vino? Aunque hubiera bebido unas cuantas rondas más de vino de palma, no habría quedado incapacitada; solo...

Torpe.

Musa no favorecía a Sarru, sino que perjudicaba a Angharad. Debía haber adivinado que Sarru presionaría para un duelo y apostó a que, con algo de alcohol en ella, cometería un error que podría dañar gravemente a un miembro de la Décima. Lo cual provocaría que tanto la Primera como la Décima cayeran sobre ella, y también sobre cualquier tropa de la que formara parte.

Ferranda no podría soportar una enemistad tan grande, sobre todo cuando la Novena ya estaba en discordia con ella.

Pero el capitán Sebastian Camarón sin duda podía, y seguramente extendería su protección con una sonrisa, si Angharad se uniera a la Novena Brigada.

—Qué serpiente —susurró—. Casi no me doy cuenta.

—¿Angharad?

Abrió los ojos y encontró a Thando Fanya frunciendo el ceño hacia ella.

—El capitán de la Novena entra en esta sala —dijo—. Quizá debería aprender una lección.

—Enfrentar a un amigo con su enemigo no significa eso —replicó Thando.

—No —asintió ella—. Eso tendrá que esperar.

Para su honor, ninguno de los sirvientes pareció incómodo al recibir la orden de prepararse para empuñar espadas en vivo. Ni deberían, ya que casi todos eran Malani. Lo único que Angharad pensaba que faltaba por entender era por qué Sarru estaba tan ansiosa por un duelo. No lograba recordar en qué momento le había ofrecido alguna ofensa a esa mujer. Cuando una dama vestida de verde le entregó un alfiler para sujetar sus faldas, Angharad lo tomó y lo deslizó después de unos ajustes.

Su paso no sería completamente libre y no le agradaba luchar con botas blandas, pero no era algo que le impidiera seguir adelante.

Entregó su sable en funda al oficiante —el Lord Fanyana había sido voluntariado— y, tras que Sarru hiciera lo mismo, ella le dirigió una mirada fría a la noble. Las cintas de su duellista jalaban sus faldas, revelando botas de combate que Angharad envidiaba únicamente por su practicidad. Sin duda, había venido preparada para esto. Ambas permanecieron allí, sin que nadie más se acercara lo suficiente para escuchar, mientras inspeccionaban sus armas.

—Todo esto parece sumamente innecesario —dijo Angharad.

—¿En serio? —comentó Sarru, meditando.

—¿Qué he hecho yo para merecer tu enojo?

La sonrisa de Lindiwe Sarru era algo frío.

—Estoy cansada, Tredegar —dijo—, de oír hablar de mantequilla, de esa bailarina en el espejo entre nosotras, de lo que debe ser la mejor Skiritai de nuestro año. Elogios tras elogios, tras elogios.

Su rostro oscuro se tensó.

—Es hora de darles algo más sobre qué hablar —afirmó Sarru.

Le lanzó a la otra mujer una mirada incrédula.

—¿De qué se trata esto de los cotilleos?

—Si no entiendes que en esta escuela los rumores son la única moneda de estatus, entonces eres un tonto de gran calibre —replicó Sarru con desdén.

El Lord Fanyana devolvió sus sables, lo cual fue lo mejor. Las únicas respuestas que Angharad podía dar en ese momento llevarían inevitablemente a que esto terminara en un cadáver. La sala principal había sido despejada de muebles, todo estaba empujado contra las paredes, y la gran alfombra redonda en el suelo se designó como la zona de duelos. Los demás invitados permanecieron en los bordes, mientras ellas caminaban hacia el centro, con pasos llenos de ira.

Se obligó a sí misma a suavizar su enojo. Permitir que su oponente tuviera control sobre su estado de ánimo era el primer paso hacia la derrota. Se enfrentaron.

—¡Dispáren! —ordenó Fanyana.

Angharad desplegó su espada.

—Empiecen.

Sujetó su contrato y —

¿Nada? No, todo estaba en orden. Todo, excepto la mujer que tenía frente a ella, que desapareció por completo en la visión.

Lo que hizo que el poder del contrato se retirara, dejando en su rostro una sonrisa triunfante de Sarru.

—Lo sabía —susurró—. No son tus reflejos, sino los de los demás. Puedes leer cómo se moverán los músculos, así sabes siempre cómo matar a los lemures.

Angharad se obligó a mostrar una pista de consternación y a enterrar su alivio en lo más profundo.

“Eso no ocurrirá conmigo, sin embargo,” le dijo Sarru. “Ves, soy una sombra.”

Y entonces empezó.

Sarru era más baja que ella, pero la longitud más extensa de su espada compensaría en parte esa diferencia. La estrategia sería o acelerar el paso o ralentizarlo, pensó Angharad, mientras la otra mujer adoptaba una postura de defensa alta. Era mejor aprender cuál sería rápidamente, pues eso le indicaría cómo aproximarse: adoptó una postura central, dio un paso adelante, luego a un lado. Sarru se movió para mantenerla en vista, con una postura aparentemente fácil de sostener, y Angharad intentó un engaño: hacia el pecho, luego descendiendo para golpear la pata delantera.

Sarru se retiró suavemente un paso, pero su espada no se inmutó. Lento, decidió Angharad. Estaba limitando sus movimientos para no cometer un error del cual no pudiera recuperarse. Entonces, la victoria residía en el ataque.

Angharad Tredegar exhaló y se movió.

Paso rápido, acercándose, y un corte al brazo — Sarru bloqueó con precisión, con una técnica limpia y perfecta, y la contraofensiva fue dirigida a su rostro. Siseando, Angharad apartó el golpe y esquivó su guardia. Si no hubiera circundado antes, le habrían dado con la rodilla por esa maniobra. Sarru se movió para igualar la postura, Angharad engañó con un paso falso, forzó a su rival a bajar la espada para proteger su rodilla y giró nuevamente. La malani luchaba por mantenerse a la par, medio paso retrasada, y Angharad mantuvo la presión.

Un golpe al cuello, logrando bloquear en un ángulo incómodo, y ella golpeó con la empuñadura de su sable en el pecho de Sarru. Retrocedió con un gemido de dolor, la guardia torcida, y Angharad vio la apertura. La ruta dorada. Retrocedió el golpe, presionó con la espada y giró la muñeca: la base de su hoja descansaría contra la garganta de Sarru, sin dar el golpe mortal todavía.

Su mano se movió, y todo se fue al traste.

Lindiwe Sarru retrocedió contra ella, barrió con— no debería haber podido, la fuerza de su espada luchando contra la robustez de su muñeca, pero aquí estaban— su propio golpe, Angharad esquivando lo que parecía victoria y recibiendo un codazo en el rostro. Se echó hacia atrás, esquivando por poco un golpe que habría ensangrentado profundamente su costado, y se levantó con suavidad en una postura de defensa alta.

“Tu sable no es en absoluto pesado,” dijo Angharad. “Estuviste engañándome todo el tiempo.”

“Aleación de acero con candelero,” sonrió Sarru. “Destinado a acabar con los espíritus, pero tu sangre será suficiente.”

“Ven y sácala, entonces,” se burló. “¿O tal vez la única afilada en tu lengua?”

Un destello de ira, y sin nada que ocultar, la malani finalmente pasó a la ofensiva. Un engaño que Angharad ignoró, un golpe que desvió con destreza, pero ella tenía buena base y una muñeca rápida: ambas se apartaron en lugar de decidirse por cortar la mejilla de la otra. Quizás era momento de descubrir cómo luchaba Sarru en los enfrentamientos con las espadas, reflexionó Angharad. La otra mujer no era delgada, pero la pereduríese habría enfrentado a su adversaria con los brazos cualquier día.

Intentó no pensar demasiado en cómo comenzaba a disfrutar del combate.

La noble se deslizó hacia adelante, con paso suave, y— de repente, la puerta se abrió de golpe. Angharad se detuvo a medio golpe, y Sarru también, aunque no lo suficiente como para que su espada no llegara al filo de la guardia de Angharad. La rata.

Era un hombre, vio, vestido con túnica de la Watch en negro. Llevaría el uniforme de los regulares, con un manto por encima, y en su cuello llevaba una borla dorada. Una marca de comandante, aprendida en Mandate. ¿Qué hacía un comandante allí? Y entonces el rostro se hundió. El cabello corto, los ojos marrones y la alta estatura. La barba arreglada con un toque de gris y la nariz característica de Tredegar.

“¿Tío?” gimió ella.

El comandante Osian Tredegar — había sido capitán, ¡según toda su información! — recorrió la cuarto con la mirada y dedicó a la situación una expresión que no podía ser más que de profunda indiferencia.

“Una vergüenza,” dijo. “Esto es Scholomance, no la corte real. Guarden esas espadas antes de que los tenga corriendo por el puerto hasta que el sudor deje espacio para el sentido común.”

Ella retrocedió, bajando su hoja. Sarru le lanzó una mirada, como si se preguntara si esto había sido planeado.

“Esto es una cuestión de honor, comandante,” dijo ella, “no es—”

“No es lugar de un oficial de la Guardia para luchar a duelo,” la interrumpió con calma. “De hecho, va en contra de las reglas.”

Una sonrisa delgada.

“Mientras ustedes sigan siendo estudiantes, esto no es una infracción, sino evidencia de que aún son unos niños arrogantes,” afirmó Osian Tredegar, y luego miró a Angharad. “Guarda esa maldita espada, muchacha. No lo volveré a repetir.”

Sintiendo que sería mejor que mirara hacia sus botas, Angharad lo hizo. Todos los demás permanecieron en silencio, hasta que Lord Fanyana aclaró su garganta.

“¿Podría saber su nombre, señor?”

“Comandante Osian Tredegar,” respondió su tío. “Sociedad Umuthi, actualmente en comisión para el Comité Oscuro.”

¿Los pocos vigilantes encargados de supervisar Tolomontera? Sus palabras causaron un leve sobresalto. Solo los gemelos Emain parecían completamente imperturbables, intercambiando frases en Gwynt. Su tío los miró con una expresión de firmeza.

“Oh, pero sé quiénes son ustedes,” dijo, mostrando los dientes. “¿Pelos malos y narices en alto? Deben ser las hijas de Ceridwen.”

Un resoplido.

“Ella también era una niña mimada,” dijo el tío Osian. “Hay una razón por la que la empujaron a un estanque en la noche de su debut.”

Lejos de sentirse ofendida, horror de Angharad, ambas miraban ahora a su tío con expresiones casi de admiración.

“No fue mi intención ofender, comandante,” aseguró la delgado gemelo de la izquierda.

“Simple curiosidad,” añadió el otro.

“Estoy segura,” replicó él, rodando los ojos, y luego dirigió su mirada al resto. “Considerando que mi propia sobrina participó en esta locura, cerraré los ojos esta vez. Sin embargo, los invito a consultar a sus patrocinadores de brigada qué puede sucederles por participar en duelos de honor mientras sirven en la Guardia.”

Su tono no era nada agradable. Tal vez, si Angharad tenía mucha suerte, nadie recordaría durante su estadía que este era el segundo duelo en el que participaba en menos de un mes.

Una esperanza vana, con Wen Duan cerca.

Parte de ella, admitirá, disfrutaba viendo a estos nobles menos favoritos mumpiendo torpemente fuera del salón como niños avergonzados. Sarru fue la última en abandonar, inclinándose para despedirse tras vencer su espada.

“Esto no ha terminado,” dijo ella.

“Tan cerca de una mentira, Sarru,” la reprendió Angharad.

Ella gruñó al apartarse, un sirviente cerró la puerta tras ella y Angharad quedó sola con su tío. Quien parecía algo desconcertado con ella.

“¿Qué te llevó a pensar que esto era una buena idea?” preguntó.

“Mi honor fue manchado,” respondió ella con rigidez. “¿Qué más podría haber hecho?”

Un largo momento transcurrió.

“Dios Durmiente, sueñas como tu madre,” suspiró él. “Nuestro padre solía decir que ella se entregó al mar porque en tierra ya había peleado con todos.”

Asintiendo con ternura, el tío Osian la estrechó con cariño y ella se inclinó con entusiasmo. Él, ella notó, no era lo bastante alto para apoyar su barbilla en su cabeza. Intentó retirarse después de un momento, pero Angharad apretó su agarre, apoyando la frente contra su hombro, y él cedió. Pasó un largo rato antes de que se separaran.

“¡Mira cómo has crecido!”, sonrió, con una expresión encantada. “¡Qué alta estás ahora! La última vez que te vi, ni siquiera alcanzabas mi pecho.”

"Solo tenía nueve años", rió Angharad.

Y al principio, estaba mucho más interesada en sus lecciones de acero vivo que en la visita de su tío, aunque eso cambió cuando empezó a regalarle objetos. La pisapapeles de papel Izcalli en forma de serpiente de dos colas había sido su favorito, ocupando un lugar de honor en su escritorio durante años. Los ojos marrones de Osian la examinaban con atención.

"Tienes la nariz y la complexión de tu madre", dijo, "pero el resto es todo de tu padre, me temo."

Ella se enderezó con orgullo. La belleza de Gwydion Tredegar le había hecho ser la adoración del noble de Peredur, en otro tiempo.

"¡Ojalá heredara también su encanto!", afirmó Angharad con cierta amargura. "Así evitaría muchos duelos."

"Eso dudo", resopló Osian. "Los jóvenes malani son como los gatos machos: encierra a dos en una habitación y siempre acabarán con pelos volando. Hay que entrenarlos antes de que la Guardia pueda aprovechar sus virtudes."

Se encogió de hombros.

"Además, tu madre se encargó de asegurarse de que supieras manejar una espada, lo cual, en el largo plazo, te será más útil que cualquier estrategia de engaños."

"Eso me ha ayudado en Tolomontera", admitió Angharad.

Él sonrió con satisfacción.

"Tenía la intuición de que te iría bien aquí", afirmó Osian. "Los Militantes valoran el talento ante todo y poseen la estructura interna más limpia de cualquier pacto."

Hizo una pausa pensativa.

"Y ayuda que la mayoría de sus oficiales principales sean unos completos lunáticos", añadió.

"¿Estás seguro de que deberías contarme esto?", preguntó Angharad, con medio tono de seriedad.

"No es algo que no aprendas en el Mandato eventualmente", desestimó Osian, "aunque seguramente lo dirán con un lenguaje más conveniente. Pero basta de hablar del Guardián. ¿Cómo has estado? ¿Disfrutando tu tiempo con la Decimotercera?"

Ajena, Angharad aclaró su garganta con algo de vergüenza.

"Me estoy acostumbrando", dijo. "No esperaba que hubiera tantas clases de estudios, pero estoy manteniéndome al día con el trabajo; aunque debo confesar que la guerra y mis clases de pacto siguen siendo mis favoritas."

"Desearía", dijo, con cierto aire de molestia, "que tu preferencia por la arena de lucha llena de monstruos fuera una sorpresa."

Ella parpadeó, sorprendida. Qué extraño, ¿por qué habría él? Sin embargo, dejó eso a un lado por la parte embarazosa.

"Respecto a la Brigada Decimotercera, debemos separarnos", dijo Angharad. "Hemos tenido diferencias tan profundas que no podemos reconciliarlas, así que me transferiré a la Trigésima Primera por al menos unos meses."

El rostro de su tío se contrajo.

"Yo — tú", tartamudeó, luego se pasó la lengua por los labios. "Lamento oír eso, porque no será posible."

La noble se frunció el ceño.

"No entiendo", dijo.

"Debes quedarte con la Decimotercera al menos durante unos meses", afirmó él.

Ella le miró con asombro.

"¿Por qué?"

"Porque en tres semanas partirás hacia el Rectorado de Asfodelo como parte de esa brigada, para realizar tu prueba anual", explicó Osian.

Casi se rió por lo absurdo de sus palabras, hasta que vio que su rostro permanecía serio como la piedra.

"Tío, no he estado en Tolomontera durante un mes," dijo Angharad. "¿Cómo podría estar preparada para esta prueba?"

"Eso se ha tenido en cuenta, y te han asignado una tarea más sencilla por ello," respondió Osian. "Pero el calendario no puede cambiarse, Angharad. Tuve que influir en varias personas para lograr que se modificara."

"Ayúdame a entender," preguntó en voz baja.

"La Decimotercera fue elegida para una de las misiones en Asphodel cuando se formó," explicó él, "porque la Rectoría es un lugar tranquilo en nuestro territorio. Desafortunadamente, la situación ha cambiado."

Frunció el ceño.

“Al principio del año, la Rectoría anunció que había descubierto un astillero de antediluvianos debajo de la isla,” dijo Osian. “Y eso ya sería bastante grave, pero además encontraron un enorme depósito imperial, entre cuyos hallazgos estaba la mayor cantidad de aleaciones tomicas en un siglo.”

Angharad exhaló, reflexionando sobre las implicaciones. Gran riqueza, por supuesto, pero lo más importante—

“Podrán fabricar aerodeslizadores,” afirmó ella. “Los antiguos, de la Primera Firma, no los más pequeños modernos.”

“Ya los pueden hacer,” afirmó Osian con gravedad. “Cuando el Rector mostró todo esto a los enviados diplomáticos de los estados sucesores, también les mostró el primer aerodeslizador que fabricaron en los astilleros—no más grande que una carabela, pero mis amigos en el Deuteronomicon dicen que su motor etéreo tiene el doble del tamaño de cualquier cosa que los Tianxi puedan construir.”

“Y esto atrajo enemigos a su puerta,” presintió Angharad.

“Esa es una forma de decirlo,” soltó con humor amargo. “La Krypteia predice que en seis meses habrá guerra civil con intervención de potencias extranjeras. Quien obtenga esos astilleros inclinará la balanza del Mar de Trebia a su favor, Angharad, debes ir ahora o te adentrarás en un caos sangriento.”

“No tendría que ir en absoluto, si no formara parte de la Decimotercera,” explicó con cautela.

Otra vez frunció el ceño.

“Eso no es cierto,” afirmó. “Al matar al muchacho Cerdan, aseguraste que la Obscura Comisión no te enviaría a Sacromonte y han concluido que las probabilidades de que te asesinen si vas a la Costa Riven son demasiado altas; esa casa tiene amigos entre los piratas. Asphodel es el único destino posible para ti.”

“Seguramente hay otras brigadas que toman exámenes allí,” intentó ella.

“Serán enviadas cuatro,” confirmó Osian.

“Entonces,” intentó con dudas, “¿no sería posible—?”

“Ya es demasiado tarde, Angie,” la interrumpió suavemente. “La mayor parte de los favores que tenía pendientes el año pasado los consumí, no tuve influencia por mi cuenta. Tuve que pedir ayuda al coronel Zhuge.”

“No conozco ese nombre,” admitió ella.

“Es el oficial que recomendó a Song Ren,” explicó su tío. “Un respetado Stripe con mando en el Rookery. Tuve que apoyarme mucho en sus conexiones. Hicimos... arreglos, y todos ellos

involucran tu participación en la Decimotercera.”

Una pausa de titubeo.

“Di mi palabra.”

Angharad mordió su lengua, mejor callar esas palabras agudas que acudieron a sus labios. Era una grave falta de respeto que su tío Osian hiciera promesas en su nombre, pero le debía deudas mayores que las palabras podrían expresar. Ella habría muerto cien veces, si no fuera por sus intervenciones.

“Ya le dije a Song que tengo la intención de abandonar la Decimotercera,” suspiró por fin.

“No puedo impedirte hacer eso,” afirmó Osian con claridad. “Pero si lo haces, Angie, las ruedas se desprenderán del carro. El coronel Zhuge retirará casi con seguridad su apoyo, y lo que venga será... imprevisible. Caótico.”

Se frotó el puente de la nariz, con la mente perdida en sus pensamientos.

— Al menos, me sacarán del viaje —dijo su tío—. Quedaré enterrado en un taller durante unos años, aunque no me rebajen de rango. Tú seguirás yendo a Asphodel, pero si el patrón y aquellos que recomendaron tu ingreso en la brigada se involucran —

Osian se quedó en silencio, frunciendo el ceño.

— ¿Tú también viajas allí? —preguntó Angharad.

Él asintió.

— Soy parte de la delegación que negocia materiales tomic y también el instructor Umuthi designado —dijo Osian distraídamente—. Se supone que debo colaborar discretamente con Song Ren en Asphodel usando esos nombramientos. Zhuge me dejó ser la cara de todo este acuerdo, así que si fracasa, recaerá sobre mí, pero—

— Lo haré —dijo Angharad.

Antepasados, ¿cómo podía hacer otra cosa? Después de todo lo que él había hecho por ella, habría sido espantoso voltearse en su contra. Su cabeza se volvió hacia ella.

— Podría intentar que te trasladen a otra de las brigadas —intentó—. El coronel se mol será, pero todavía podría cumplir con mi parte del trato con él.

— ¿No será la Trigésima Primera? —preguntó ella, aunque con poca convicción.

No deseaba que ese desastre les cayera encima, y si no estaban involucrados, no podía concebir pedirles que lo estuvieran. Sería una mala recompensa por su amabilidad, arrastrándolos a esto. Osian negó con la cabeza.

— La Cuarta, la Onceava y la Cuarenta y Nueve —dijo.

Entonces, Tupoc, Imani Langa o la banda de necios tras la recompensa de Tristan. Incluso pensó que Song seguiría siendo la mejor elección del grupo. Y entonces le llegó una idea: Imani Langa. El trato que había cerrado, el Yunque Infernal a cambio de una carta para su padre y ayuda para liberarlo. No podía obtener esa maldita cosa si no estaba en Tolomontera. La angustia surgió, pero la controló. Imani también estaba rumbo a Asphodel, tendría que comprenderlo.

¿No lo haría? ¿Y si no lo hacía?

Angharad se dio cuenta difusamente de que iba en un barco hacia el mar, y las luces detrás de ella se alejaban terriblemente, con un temor creciente.